

La salvación del psicoanálisis



ALICIA KILLNER¹

DOI: 10.36496/N135.A9

ORCID ID: 0000-0002-1748-0480

RECIBIDO: SETIEMBRE DE 2022 | ACEPTADO: OCTUBRE DE 2022

RESUMEN

El psicoanálisis freudiano, un saber que está siempre en peligro, siempre asediado. Es un *work in progress* que no puede congelarse como un dogma establecido. He ahí una considerable dificultad. No es un saber establecido, ni consolidado, ni un universal de la ciencia, sino un saber que no se sabe y que se pone en suspenso, que no acata estadísticas porque el saber que no se sabe y es necesario descifrar está escrito en una lengua desconocida, en cada sujeto (y para su analista), y lo lleva cifrado en su cuerpo, oculto pero a la vista, y se desliza en su decir diciendo.

La pregunta es, empero, en qué clave leer a Freud cien años más tarde. Podría pensarse algo en relación con el tratamiento que la cultura hace del Edipo, tomando a Rancière a través de los tiempos. ¿Qué puede y debe perderse de Edipo? ¿Qué puede y debe conservarse del mito y de la tragedia? ¿Acaso es el «no saber de Edipo» lo que cautiva a Freud, el detective que no sabe que él mismo es el asesino?

En tiempos de corrección política que no permite ser interrogada, debe aún salvarse el alma moderna conectada con el héroe trágico. Salvar el alma moderna es retomar una subjetividad que, homogénea con la obra freudiana, nunca se sabe toda.

1 Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina. alicia.killner@gmail.com

El Talmud reza: «Enséñale a tu lengua a decir “no lo sé” para que no se enrede en una telaraña de engaño».

DESCRIPTORES: PSICOANÁLISIS / HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS
/ ESCUCHA / CRÍTICA / INCERTIDUMBRE
AUTOR-TEMA: FREUD, S.

SUMMARY

Freudian psychoanalysis is knowledge always in peril, always besieged. It is a work in progress which cannot be frozen as an established dogma. Therein lies a considerable trouble. It is not an established or consolidated knowledge, nor an universal of science, but a knowledge that is not known and that is to put on hold, that does not abide by statistics because the knowledge that is not known and must be deciphered is written in a strange language, in each subject (and for his analyst) and he carries it encrypted in his body, hidden but in sight and slips into what is said saying.

The question is, however, in what key to the reading we can approach to Freud works 100 years later? Is it possible to think about it in relation to the treatment that culture makes of Oedipus along times? What can and should be lost from Oedipus, what can and should be preserved from myth and tragedy? Perhaps it is the «not knowing about Oedipus» that captivates Freud, the detective who ignores that he himself is the murderer?

In times of political correctness that does not allow itself to be questioned, the modern soul connected with the tragic hero must still be saved. Saving the modern soul is to retake a subjectivity, which is homogeneous with the Freudian concept of Unconscious.

The Talmud says: «Teach your tongue to say “I don't know” so that it doesn't get entangled in a web of deceit.»

KEYWORDS: PSYCHOANALYSIS / HISTORY OF PSYCHOANALYSIS
/ LISTENING / CRITICISM / UNCERTAINTY
AUTHOR-SUBJECT: FREUD, S.

«El psicoanálisis está siendo fuertemente cuestionado y a punto de morir» (no importa qué día de qué año escuches esto, siempre parecerá verdadero).

Esa retórica pone el psicoanálisis como un bien a punto de perderse frente al «ataque enemigo» que existe desde su origen.

Freud en su tiempo escandaliza, las histéricas tienen un cuerpo, pero mucho más allá de la fascinación charcotiana por su imagen, eso que merece ser visto, mirado y tocado en la clínica médica, la fascinación lleva a Charcot a abrir un gabinete de fotografía en la Salpêtrière, donde hace registrar cada rostro, cada mueca, cada parálisis, cada conversión.

Freud se corre de la mirada, se esconde de la visión y de lo evidente, de lo vidente, para transformar todo en una escucha, una escucha que no se deja seducir por la imagen, que no se deja engañar, que hace de un discurso descartado por la ciencia médica (tan descartado como podría estarlo en nuestros días el relato del analizante), una *talking cure*, una cura por la palabra. La misma en la que insiste Ana O, creadora de la definición, la histórica y fundacional histérica de Breuer.

Claro que ese escándalo no se reduce a la histeria, sino que avanza sobre dos tópicos muy sensibles para su tiempo, o para cualquier tiempo, como son los de la sexualidad y la palabra.

Como un libro o un autor crea casi siempre un lector apropiado, el psicoanálisis en el momento mismo de fundarse crea su propio detractor. Aquellos detractores de los tiempos fundacionales fueron quienes se opusieron a una teoría que hiciera hincapié en la sexualidad, en el deseo, en la pulsión, en la equivocidad del lenguaje y, más tarde, en conceptos tales como la pulsión de muerte y en la condición destructiva estructural del ser humano. Luego de tales ataques por derecha –por llamar así a la clásica resistencia del ala conservadora–, en la actualidad se asoman los ataques del pensamiento políticamente correcto, que lo tachan de patriarcal, machista y conservador, como si no pudieran leer la letra freudiana sin quedarse atascados en una barrera infranqueable de prejuicios. Al estilo de creerse que el falo, lejos de ser una atribución, es el pene en concreto, que lo femenino es solo de las mujeres y lo masculino un predicativo propio de los hombres, conceptos ambos que fueron enfatizados por Freud y más claramente aun por Lacan. Que la

diferencia radica en lo simbólico, y no, como quienes leen en una extrema literalidad, en lo real.

En 2021 fue realizado en Estados Unidos un video documental ficcionalizado sobre el caso Dora: *Hysterical girl [Chica histérica]* (Novack, 2020), que es tomado bajo el enfoque no -en verdad- de una histeria, sino del caso de una adolescente abusada (por K, por el padre y, finalmente, por Freud). En una carta a Fliess, Freud dice (y se dice en el film) «Esto es lo más sensible que haya escrito, pero uno no escribe solo para el presente». Se trata de volver a contar desde el punto de vista de otro personaje -ya no el analista, sino la analizante, la chica llamada histérica, Ida Bauer-, revisitar el historial de Dora, que Freud llama *Fragmentos de un historial* justamente porque lo piensa como un relato apenas fragmentario, como siempre será el relato que alguien, quien sea, haga de un análisis. Este documental filmado en Estados Unidos por una directora feminista se inscribe en una lucha política; algunos la llaman cuarta ola del feminismo. No podemos situar este film sino en el seno de un quere-lla, llamada la batalla cultural que llevan adelante algunos colectivos -el feminismo, pero no solo el feminismo-, con el fin de cuestionar algunos valores de dominación como son, por ejemplo, lo blanco, lo masculino y lo patriarcal. Nadie podría de buena fe oponerse. El problema es que estas lecturas pretenden ignorar que Freud, aun con su época a cuestas, con los prejuicios propios del tiempo en que le tocó vivir, de los que nadie puede estar exento, ha hecho mucho por el deseo femenino, por la femineidad, en el sentido de plantearlo alrededor de una pregunta: «¿Qué quiere una mujer?», que obliga a cada mujer a producir desde su singularidad una respuesta. Si la adjudicación de histeria a toda mujer funciona como un insulto, como una descalificación, muy por el contrario es lo mejor en términos de estructura en la que se puede advenir una mujer. Ya sabemos cómo la neurosis obsesiva en las mujeres acaece de un modo más rígido e irresoluble.

La chica histérica que hace el rol de Dora -o, más bien, Ida Bauer en la vida real- aparece con el mismo reclamo. Puede desprenderse de aquí esa crítica frecuente de que el psicoanálisis, como el viejo Freud que aparece en el montaje del film, está viejo y enfermo, y ¿cuál sería su cura? ¿Cuál es la verdad que estos cuestionamientos vienen a interpelar? ¿Por qué la

verdad del abuso anula la verdad del deseo inconsciente y del goce que allí se juega?²

Otra «solución posible»: la salida hacia las neurociencias, pero no los laboratorios que investigan por allí, en pleno derecho, sino el hecho de intentar leer a Freud en clave de neurociencias, como una verdad que operar en un nivel más real, más profundo, porque dilucida algo que atañe a lo real del cuerpo.

El film da al historial freudiano de Dora el montaje de una estructura totalizante que cierra en sí misma: el sufrimiento de Ida Bauer tiene una causa, y esa causa es el abuso padecido, el tratamiento con Freud no hace sino redoblar los efectos del primer abuso.

El pequeño o gran problema es que en Freud no hay totalización, hay aperturas, cabos sueltos, lugares oscuros, secretos y misterios, además de algunas verdades y algunas mentiras. Para Freud, el «no» no es no, como podría ser una de las consignas políticas, sino que él se empeña en hacernos ver que las palabras antitéticas conviven en el inconsciente del sujeto con su ambivalencia a cuestas. Es la falta de sentido que esto produce lo que da sentido al movimiento deseante; desde la falta y no desde la totalización explicativa es que Freud puede incluir eso que para el psicoanálisis importa. No somos policías del sexo, ni detectives ni notarios que debemos certificar si hubo o no hubo consentimiento, solo podemos constatar que eso del consentimiento puro no es sino un ideal imposible.

Como diría la entrada del trabajo, siempre se trata de salvar el psicoanálisis; incluso, cada vez que un analista debe decir algo en un ámbito más o menos público, primero se remarca la diferencia acerca de cómo piensa frente a cómo lo pensarían otros marcos teóricos.

Salvar el psicoanálisis intentó Freud desde el inicio y durante toda su trayectoria intelectual, y de un modo especial en los tiempos desesperados y hostiles de la preguerra en Europa.

Ahora, bien, ¿el enemigo está siempre afuera? ¿O muchas veces (como bien lo sabe la policía) está en nuestra propia casa y no necesita mostrarse francamente hostil? Basta con que abuse de la teoría, que la banalice, que

no confíe demasiado en la palabra, que tome el psicoanálisis como Freud advirtió claramente que *no* debía tomarse, como una *Weltanschauung*, o sea, una visión totalizante del mundo.

Roudinesco en Buenos Aires lo había llamado «la revolución de lo íntimo», y dirá que Freud es ante todo el organizador de un movimiento que podemos comparar con el socialismo, o con el feminismo o con el sionismo, discursos que de algún modo le son contemporáneos. Tanto como el nacimiento del cine y de la fotografía. Ese movimiento que fundó el iniciador se dio por misión cambiar nuestra representación del sujeto.

Freud nace a la vida profesional en Viena, mezcla de ciudad provinciana (que aún se siente así) y al mismo tiempo, y paradójicamente, capital de un imperio poderoso, el imperio Austro-Húngaro, que presiente su caída.

Si en la revolución francesa se instauro el sujeto moderno, ese que hace cambiar las claves de lectura del mundo³ y no solo del mundo), se produce con la decapitación de Luis XVI un parricidio⁴ y se funda allí, en ese parricidio real, una nueva *fraternité*, una alianza fraterna, y de paso, también, el resto de la consigna revolucionaria de *liberté* y *égalité*, consignas bellas y un poco también irrealizables.

Apenas pasados unos cien años de la revolución de 1789, y justamente entre aquellos aires imperiales y decadentes, comienza Freud su tarea de reconstruir el origen familiar (o, tal vez, mejor dicho, deconstruirlo) o el origen de «los complejos familiares», de donde surge la cuestión de la estructura en su dimensión de origen en la pérdida, complejos que erigen al padre a la dignidad de un «concepto», que es el de la función paterna, aquella que se revaloriza y se resitúa simbólicamente. Es necesario que el padre muera en lo simbólico, una muerte que surge de una operación conceptual que se realiza a través de una inmersión en un gesto por un lado moderno y, al mismo tiempo, también clásico, en el mito homérico y en la tragedia de Sófocles, *Edipo rey*.

3 Es ese momento histórico el que hace cambiar la clave de lectura de un texto religioso como lo era La *divina comedia* en una descripción básicamente del infierno, puesto que de allí en más el mundo sería visto, ya sin la motivación religiosa, exactamente como un universo infernal.

4 Lo describe bien Freud en su escrito *Tótem y tabú*.

Se trata de un padre que debe morir en lo simbólico, pero que justamente de allí renace, en su función interdictora del incesto y como encarnación de una Ley que, en el mejor de los casos, lo subsume. Esa búsqueda en la raíz mítica y trágica aportó al mundo una fascinante utopía⁵, una nueva representación del sujeto del inconsciente que permite pensarse como una revolución y también como una revelación.

Freud se ocupa, entre tantas otras cosas, de organizar alrededor de su figura un banquete platónico o, en el decir de Platón, un banquete más precisamente socrático, un grupo de discípulos y seguidores, en los que buscaba despertar la conciencia que fuera capaz de admitir que la libertad subjetiva puede estar ligada al destino del sueño, del deseo, del síntoma y, en fin, al de una razón en última instancia vacilante.

LA DIFUSIÓN MUNDIAL

A partir de allí, varios autores, entre ellos Eva Illouz en su libro *La salvación del alma moderna*, y también en otros textos, sitúan en una fecha precisa la expansión del invento freudiano. Se trata del viaje que hace Freud con Jung hacia Estados Unidos (con su improbable frase sobre la supuesta peste que los americanos no sabían que les llevaban), con el fin de dictar una serie de conferencias en la Clark University. Freud compendia en sus ponencias su saber e instruye a un público muy variado sobre la teoría que está paso a paso conformando, incluso con sus avances y retrocesos.

La pregunta, sin embargo, es si el espíritu norteamericano estaba -o, incluso, si está- a la altura de tomar en toda su dimensión las consecuencias un tanto pesimistas que la obra de Freud conlleva, y no se siente obligado -como lo hará más tardíamente- a darle su propio sesgo, más imbuido por la «positividad» y el colorido del *american way of life*. Tampoco el mundo anglosajón europeo habría aceptado de buen talante los planteos sobre la pulsión de muerte de *Más allá del principio del placer*, que

5 Ricardo Piglia, nuestro genial escritor, toma en sorna el rasgo de haber convertido en héroe trágico a cada triste neurótico con su opaca vida.

provocó más de algún malestar en la recientemente formada Internacional Psicoanalítica.

Las teorías más tarde surgidas en Estados Unidos, como la *Ego psychology*, darán cuenta de alguna dificultad en tomar el sesgo que, como enfatiza Didi Huberman, Freud había reabierto de manera fulgurante en la cuestión del sujeto, un sujeto que es ahora pensado como desgarro, y no como cierre, no dueño de nada ni amo de sus posibilidades, sino siervo de sus imposibles e inhabilitado a la síntesis, movimiento que, al haber establecido Freud con respecto a la estructura, permite empujar los límites más allá de *un sujeto* y abrirse al abanico del saber en su conjunto.

Tomo, por caso, las reflexiones de Rancière acerca del *sistema del arte* en su libro *El inconsciente estético* (2005). Para introducir algo que no podemos ignorar los analistas, el creador del psicoanálisis tiene, además de la escucha de las histéricas en su clínica, una fuerte raigambre literaria. Edipo y la tragedia no son sus únicas referencias, sería larga la lista de lecturas, a las que no son ajenas Shakespeare, con su *Hamlet*, *Macbeth*, *King Lear*. Su interés en Goethe, el *Fausto* que acude a la cita cada vez que lo precisa, Dostoievsky, Heinrich Heine, Schiller, Schnitzler -su amigo y su «doble»-, E. T. A. Hoffmann -inspirador de su fundamental trabajo, *Das Unheimliche*, predecesor, sin duda, del *Más allá...* -.

Freud recomendaba a los analistas que se formaran leyendo textos de la literatura o explorando el arte, pero no es seguro que haya tenido tanto éxito en ese propósito. La idea no es que el analista acuda a la literatura para comprobar lo que ya sabe, sino para aprender de ella lo que aún ignora y para entender cómo algo en apariencia diferente del psicoanálisis comparte ese régimen, como lo llama Rancière, de representar aquello que es del orden de lo mudo, de lo no dicho. Después de todo, el mito no es más que un relato, una narración que nos permite decir (decirnos) una verdad que no es transmisible de otro modo.

Nuestro saber no es un saber establecido, no es algo consolidado, no es un universal de la ciencia, sino un saber que no se sabe, que se pone en suspenso, que no acata estadísticas porque el saber que no se sabe y es necesario descifrar está escrito en una lengua desconocida en cada sujeto (para cada sujeto y para su analista), que lo lleva inscripto en su cuerpo, cifrado, oculto pero a la vista, y que se desliza en su decir diciendo. La

coartada del sujeto, su *alibi*, es el desvío que, alejando la verdad, opera la posibilidad de escucharla, en un más allá y también en un más acá de lo que se quiere decir⁶.

Entonces, ¿habría sabido Freud que el psicoanálisis es una ciencia perfectamente inacabada?: la pregunta que siempre quedará pendiente y que orienta el paso del futuro (y del deseo) o lo establecido así, sin más, sin lecturas críticas, sin interrogantes, sin umbilicaciones, sin tensiones, sin paradojas, de lo «establecido». Si hay algo que aún se debe salvar de la potencia analítica no es el dogma, sino aquello que el dogma abre, rasga en la ciencia, en la psicología, en la vulgata del *common sense*.

El Talmud reza: «Enséñale a tu lengua a decir “no lo sé” para que no se enrede en una telaraña de engaño». ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Asociación Psicoanalítica Argentina (2022). *Secretaría Científica* [video]. <https://www.youtube.com/watch?v=m6X8nBb0530>
- Bergstein, M. (2021). *Fusiles en el paraguero*. Espasa.
- Didi-Huberman, G. (2010). *La invención de la histeria: Iconografía fotográfica de la Salpêtrière*. Cátedra.
- Dujovne, I. y Killner, A. (2014). *Psicoanálisis, ficción y clínica*. Letra Viva.
- Freud, S. (1990). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En J. L. Etcherry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 1-64). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1992). *Cartas de juventud con correspondencia en español inédita*. Gedisa.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna*. Katz.
- Novack, K. (directora) (2020). *Hysterical girl* [película]. <https://www.nytimes.com/video/opinion/10000007026836/hysterical-girl.html?searchResultPosition=1>
- Rancière, J. (2005). *El inconsciente estético*. Del Estante.